

EMMA GOLDMAN

ANARQUISMO Y OTROS ENSAYOS



INNISFREE

EMMA GOLDMAN

ANARQUISMO Y OTROS ENSAYOS

INNISFREE

FICHA DE LA OBRA**Título:** ANARQUISMO Y OTROS ENSAYOS**Editor:** Oliver Serrano**Autor:** Emma Goldman**ISBN:** 978-100-558-472-6**Edición:** Primera**Año de edición:** 2022**Páginas:** 206**Área:** Universidad**Encuadernación:** Rústica**Editor gerente:** Oliver Serrano

Diseño de cubierta: Innisfree

Calle Juan Antonio Fernández 36,31500

Tudela, Navarra España

Preimpresión: Outdesign, Publishing Services

Impresión: Safekat Madrid España

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la respectiva autorización. Ninguna de las partes de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea electrónico, químico, mecánico, magneto-óptico, grabación, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Innisfree quien es licenciataria de la marca Innisfre Editorial® estando autorizada para editar libros donde figure en sus elementos comerciales este sello editorial.

© 2022 Editorial Innisfree.

Impreso en España (UE) / Printed in Spain (EU)

www.innisfree.es

ÍNDICE

RESEÑA BIOGRÁFICA	1
PREFACIO	31
Capítulo 1. El anarquismo: Lo que realmente representa	35
Capítulo 2. Minorías contra mayorías	51
Capítulo 3. La psicología de la violencia política	59
Capítulo 4. Las prisiones: Un crimen y un fracaso social	81
Capítulo 5. El patriotismo: Una amenaza para la libertad	95
Capítulo 6. Francisco Ferrer y la Escuela Moderna	110
Capítulo 7. La hipocresía del puritanismo.....	125
Capítulo 8. El tráfico de mujeres	133
Capítulo 9. El sufragio femenino	147
Capítulo 10. La tragedia de la emancipación de la mujer	160
Capítulo 11. El matrimonio y el amor.....	170
Capítulo 12. El drama moderno: Un poderoso difusor del pensamiento radical.....	180
NOTAS.....	205

RESEÑA BIOGRÁFICA

Entre los hombres y mujeres prominentes en la vida pública de Estados Unidos hay pocos cuyos nombres se mencionan tan a menudo como el de Emma Goldman. Sin embargo, la verdadera Emma Goldman es casi desconocida. La prensa sensacionalista ha rodeado su nombre con tantas tergiversaciones y calumnias, que parecería casi un milagro que, a pesar de esta red de calumnias, la verdad se abra paso y comience a manifestarse una mejor apreciación de esta idealista tan denostada. No hay mucho consuelo en el hecho de que casi todos los representantes de una nueva idea han tenido que luchar y sufrir bajo dificultades similares. ¿Sirve de algo que un ex presidente de una república rinda homenaje en Osawatomie a la memoria de John Brown? ¿O que el presidente de otra república participe en la inauguración de una estatua en honor de Pierre Proudhon, y presente su vida a la nación francesa como un modelo digno de emulación entusiasta? ¿De qué sirve todo esto cuando, al mismo tiempo, se crucifica a los John Browns y Proudhons vivos? El honor y la gloria de una Mary Wollstonecraft o de una Louise Michel no se ven reforzados por el hecho de que los Padres de la Ciudad de Londres o de París pongan su nombre a una calle: la generación viva debería preocuparse por hacer justicia a las Mary Wollstonecraft y Louise Michels vivas. La posteridad asigna a hombres como Wendel Phillips y Lloyd Garrison el nicho de honor apropiado en el templo de la emancipación humana; pero es el deber de sus contemporáneos brindarles el debido reconocimiento y aprecio mientras viven.

El camino del propagandista de la justicia social está sembrado de espinas. Los poderes de las tinieblas y de la injusticia ejercen toda su fuerza para que un rayo de sol entre en su vida sin alegría. Es más, incluso sus compañeros de lucha -de hecho, con demasiada frecuencia sus amigos más íntimos- no muestran más que poca comprensión por la personalidad del pionero. La envidia, que a veces se convierte en odio, la vanidad y los celos, obstruyen su camino y llenan su corazón de tristeza. Se requiere una voluntad

inflexible y un tremendo entusiasmo para no perder, en tales condiciones, toda la fe en la Causa. El representante de una idea revolucionaria se encuentra entre dos fuegos: por un lado, la persecución de los poderes existentes que le hacen responsable de todos los actos derivados de las condiciones sociales; y, por otro, la incompreensión de sus propios seguidores que a menudo juzgan toda su actividad desde un punto de vista estrecho. Así ocurre que el agitador se encuentra muy solo en medio de la multitud que le rodea. Incluso sus amigos más íntimos rara vez comprenden lo solitario y abandonado que se siente. Esa es la tragedia de la persona destacada en la opinión pública.

La niebla en la que el nombre de Emma Goldman ha estado envuelto durante tanto tiempo está empezando a disiparse gradualmente. Su energía en la promoción de una idea tan impopular como el anarquismo, su profunda seriedad, su valor y sus habilidades, encuentran una creciente comprensión y admiración.

La deuda que el crecimiento intelectual americano tiene con los exiliados revolucionarios nunca se ha apreciado del todo. La semilla diseminada por ellos, aunque tan poco comprendida en su momento, ha dado una rica cosecha. En todo momento han mantenido en alto la bandera de la libertad, impregnando así la vitalidad social de la Nación. Pero muy pocos han logrado conservar su educación y cultura europeas y, al mismo tiempo, asimilarse a la vida americana. Es difícil para el hombre medio formarse una idea adecuada de la fuerza, la energía y la perseverancia necesarias para absorber el idioma, los hábitos y las costumbres desconocidas de un nuevo país, sin perder la propia personalidad.

Emma Goldman es una de las pocas personas que, conservando plenamente su individualidad, se ha convertido en un factor importante en la atmósfera social e intelectual de América. La vida que lleva es rica en colores, llena de cambios y variedad. Ha llegado a lo más alto y también ha probado las amargas heces de la vida.

Emma Goldman nació de padres judíos el 27 de junio de 1869, en la provincia rusa de Kovno. Seguramente estos padres nunca

soñaron con la posición única que su hijo ocuparía algún día. Como todos los padres conservadores, ellos también estaban convencidos de que su hija se casaría con un ciudadano respetable, le daría hijos y terminaría sus años rodeada de un rebaño de nietos, una mujer buena y religiosa. Como la mayoría de los padres, no tenían idea de que un espíritu extraño y apasionado se apoderaría del alma de su hija y la llevaría a las alturas que separan a las generaciones en una lucha eterna. Vivían en una tierra y en una época en que el antagonismo entre padres e hijos estaba destinado a encontrar su expresión más aguda, la hostilidad irreconciliable. En esta tremenda lucha entre padres e hijos -y sobre todo entre padres e hijas- no había compromiso, ni cesión débil, ni tregua. El espíritu de libertad, de progreso -un idealismo que no conocía consideraciones ni reconocía obstáculos- expulsó a la joven generación de la casa paterna y la alejó del hogar. Al igual que este mismo espíritu expulsó en su día al revolucionario criador del descontento, Jesús, y lo alejó de sus tradiciones nativas.

El papel que desempeñó la raza judía -a pesar de todas las calumnias antisemitas, la raza del idealismo trascendental- en la lucha del Antiguo y el Nuevo probablemente nunca se apreciará con total imparcialidad y claridad. Sólo ahora estamos empezando a percibir la tremenda deuda que tenemos con los idealistas judíos en el ámbito de la ciencia, el arte y la literatura. Pero todavía se sabe muy poco del importante papel que los hijos e hijas de Israel han desempeñado en el movimiento revolucionario y, especialmente, en el de los tiempos modernos.

Los primeros años de su infancia Emma Goldman los pasó en un pequeño e idílico lugar de la provincia germano-rusa de Kurland, donde su padre tenía a su cargo el escenario gubernamental. En aquella época, Kurland era completamente alemana; incluso la burocracia rusa de esa provincia báltica estaba reclutada en su mayor parte por junkers alemanes. Los cuentos y las historias alemanas, ricas en hechos milagrosos de los caballeros heroicos de Kurland, tejían su hechizo sobre la mente juvenil. Pero el bello idilio duró poco. Pronto el alma de la niña que crecía se vio cubierta por las oscuras sombras de la vida. Ya en su más tierna

juventud se plantaron en el corazón de Emma Goldman las semillas de la rebelión y del odio implacable a la opresión. Temprano aprendió a conocer la belleza del Estado: vio a su padre acosado por los chinos cristianos y doblemente perseguido como pequeño funcionario y judío odiado. La brutalidad del reclutamiento forzoso siempre estuvo ante sus ojos: contempló a los jóvenes, a menudo el único sustento de una familia numerosa, arrastrados brutalmente a los cuarteles para llevar la miserable vida de un soldado. Oyó el llanto de las pobres campesinas y fue testigo de las vergonzosas escenas de venalidad oficial que liberaban a los ricos del servicio militar a costa de los pobres. Se sintió indignada por el terrible trato al que eran sometidas las sirvientas: maltratadas y explotadas por sus barinyas, caían en las tiernas manos de los oficiales del regimiento, que las consideraban su presa sexual natural. Estas muchachas, embarazadas por caballeros respetables y expulsadas por sus amantes, a menudo encontraban refugio en el hogar de los Goldman. Y la niña, con el corazón palpitante de simpatía, extraía monedas del cajón paterno para poner clandestinamente el dinero en manos de las desafortunadas mujeres. Así, la característica más llamativa de Emma Goldman, su simpatía por los desvalidos, se puso de manifiesto ya en estos primeros años.

A los siete años, la pequeña Emma fue enviada por sus padres a casa de su abuela en Königsberg, la ciudad de Immanuel Kant, en Prusia oriental. Salvo interrupciones ocasionales, permaneció allí hasta que cumplió 13 años. Los primeros años en este entorno no forman parte precisamente de sus recuerdos más felices. La abuela, en efecto, era muy amable, pero las numerosas tías de la casa se preocupaban más por el espíritu práctico que por la razón pura, y el imperativo categórico se aplicaba con demasiada frecuencia. La situación cambió cuando sus padres emigraron a Königsberg, y la pequeña Emma fue relevada de su papel de Cenicienta. Ahora asistía con regularidad a la escuela pública y también disfrutaba de las ventajas de la enseñanza privada, habitual en la vida de la clase media; las clases de francés y música desempeñaban un papel importante en el plan de estudios. La futura intérprete de Ibsen y

Shaw era entonces una pequeña Gretchen alemana, que se sentía muy a gusto en el ambiente alemán. Sus especiales predilecciones literarias eran los romances sentimentales de Marlitt; era una gran admiradora de la buena reina Luisa, a la que el malvado Napoleón Buonaparte trató con tan marcada falta de caballerosidad. ¿Cuál habría sido su evolución futura si hubiera permanecido en este medio? El destino -¿o la necesidad económica? - lo quiso de otra manera. Sus padres decidieron establecerse en San Petersburgo, la capital del Todopoderoso Zar, y emprender allí negocios. Fue aquí donde se produjo un gran cambio en la vida del joven soñador.

Fue un período agitado -el año de 1882- en el que Emma Goldman, que entonces tenía 13 años, llegó a San Petersburgo. Una lucha a vida o muerte entre la autocracia y los intelectuales rusos barría el país. Alejandro II había caído el año anterior. Sofía Perovskaia, Zheliabov, Grinevitzky, Rissakov, Kibalchitch, Michailov, los heroicos ejecutores de la sentencia de muerte del tirano, habían entrado entonces en el Walhalla de la inmortalidad. Jessie Helfman, la única regicida a la que el gobierno había perdonado la vida a regañadientes debido a su embarazo, siguió a los innumerables mártires rusos a las etapas de Siberia. Fue el período más heroico de la gran batalla de la emancipación, una batalla por la libertad como el mundo nunca había presenciado. Los nombres de los mártires nihilistas estaban en todos los labios, y miles de personas se entusiasmaron por seguir su ejemplo. Toda la intelligensia de Rusia se llenó del espíritu ilegal: los sentimientos revolucionarios penetraron en todos los hogares, desde la mansión hasta la casucha, impregnando a los militares, a los chinovniks, a los obreros de las fábricas y a los campesinos. El ambiente atravesaba las mismas casamatas del palacio real. Nuevas ideas germinaron en la juventud. Se olvidó la diferencia de sexo. Hombre con hombre lucharon los hombres y las mujeres. ¡La mujer rusa! ¿Quién podrá hacer justicia o describir adecuadamente su heroísmo y abnegación, su lealtad y devoción? Santa, la llama Turgeniev en su gran poema en prosa, En el umbral.

Era inevitable que el joven soñador de Königsberg se viera arrastrado por la vorágine. Permanecer fuera del círculo de las

ideas libres significaba una vida vegetal, de muerte. No hay que extrañarse de la edad juvenil. Los jóvenes entusiastas no eran entonces -y, afortunadamente, no lo son ahora- un fenómeno raro en Rusia. El estudio de la lengua rusa puso pronto a la joven Emma Goldman en contacto con estudiantes revolucionarios y con nuevas ideas. El lugar de Marlitt fue ocupado por Nekrassov y Tchernishevsky. La admiradora de la buena reina Luisa se convirtió en una entusiasta de la libertad, resolviendo, como miles de personas, dedicar su vida a la emancipación del pueblo.

La lucha de generaciones tuvo lugar ahora en la familia Goldman. Los padres no podían comprender qué interés podía encontrar su hija en las nuevas ideas, que ellos mismos consideraban utopías fantásticas. Se esforzaban por persuadir a la joven de que abandonara esas quimeras, y el resultado era la repetición diaria de disputas que desgarraban el alma. Sólo en un miembro de la familia encontró la joven idealista comprensión: en su hermana mayor, Helene, con la que más tarde emigró a América, y cuyo amor y simpatía nunca le fallaron. Incluso en las horas más oscuras de la posterior persecución, Emma Goldman siempre encontró un refugio en el hogar de esta leal hermana.

Emma Goldman resolvió finalmente lograr su independencia. Vio que cientos de hombres y mujeres sacrificaban brillantes carreras para ir a *naród*, al pueblo. Siguió su ejemplo. Se convirtió en trabajadora de una fábrica; al principio se empleó como fabricante de corsés, y más tarde en la fabricación de guantes. Ahora tenía 17 años y estaba orgullosa de ganarse la vida por sí misma. Si hubiera permanecido en Rusia, probablemente habría compartido tarde o temprano el destino de miles de personas enterradas en las nieves de Siberia. Pero un nuevo capítulo de la vida iba a comenzar para ella. La hermana Helene decidió emigrar a América, donde otra hermana ya había establecido su hogar. Emma convenció a Helene para que le permitiera unirse a ella, y juntas partieron hacia América, llenas de la alegre esperanza de una tierra grande y libre, la gloriosa República.

¡América! Qué palabra tan mágica. El anhelo de los esclavizados, la tierra prometida de los oprimidos, la meta de todo anhelo de

progreso. Aquí los ideales del hombre habían encontrado su realización: ningún zar, ningún cosaco, ningún chinovnik. La República. Glorioso sinónimo de igualdad, libertad, fraternidad

Así pensaban las dos muchachas mientras viajaban, en el año 1886, de Nueva York a Rochester. Pronto, demasiado pronto, les esperaba la desilusión. La concepción ideal de América fue perforada ya en Castle Garden, y pronto estalló como una pompa de jabón. Aquí Emma Goldman fue testigo de imágenes que le recordaron las terribles escenas de su infancia en Kurland. La brutalidad y la humillación a la que fueron sometidos los futuros ciudadanos de la gran República a bordo del barco, fueron repetidas en Castle Garden por los funcionarios de la democracia de una manera más salvaje y agravante. ¡Y qué amarga decepción siguió cuando la joven idealista comenzó a familiarizarse con las condiciones de la nueva tierra! En lugar de un zar, se encontró con decenas de ellos; el cosaco fue sustituido por el policía del garrote pesado, y en lugar del chinovnik ruso estaba el esclavizador de la fábrica, mucho más inhumano.

Emma Goldman no tardó en conseguir trabajo en el establecimiento de ropa de la Garson Co. El salario ascendía a dos dólares y medio a la semana. En aquella época las fábricas no estaban dotadas de motor, y las pobres costureras tenían que conducir las ruedas a pie, desde primera hora de la mañana hasta última de la noche. Era un trabajo terriblemente agotador, sin un rayo de luz, el trabajo pesado del largo día pasaba en completo silencio - la costumbre rusa de conversar amistosamente en el trabajo no estaba permitida en el país libre. Pero la explotación de las muchachas no era sólo económica; los pobres trabajadores asalariados eran considerados por sus capataces y jefes como mercancía sexual. Si una chica se resentía de las insinuaciones de sus superiores", se encontraba rápidamente en la calle como un elemento indeseable en la fábrica. Nunca faltaban víctimas dispuestas: la oferta siempre superaba la demanda.

Las horribles condiciones se hacían aún más insoportables por la temible monotonía de la vida en la pequeña ciudad americana. El espíritu puritano suprime la más mínima manifestación de

alegría; una mortal torpeza nubla el alma; no es posible ninguna inspiración intelectual, ningún intercambio de pensamientos entre espíritus afines. Emma Goldman casi se asfixia en esta atmósfera. Ella, por encima de todo, anhelaba un entorno ideal, la amistad y la comprensión, la compañía de mentes afines. Mentalmente seguía viviendo en Rusia. Desconocía el idioma y la vida del país, y vivía más en el pasado que en el presente. Fue en esta época cuando conoció a un joven que hablaba ruso. Con gran alegría se cultivó la relación. Por fin había una persona con la que podía conversar, alguien que podía ayudarla a superar la monotonía de la estrecha existencia. La amistad maduró gradualmente y finalmente culminó en matrimonio.

También Emma Goldman tuvo que recorrer el penoso camino de la vida matrimonial; también ella tuvo que aprender, por amarga experiencia, que los estatutos legales significan dependencia y abnegación, especialmente para la mujer. El matrimonio no supuso una liberación de la monotonía puritana de la vida americana; de hecho, más bien se vio agravada por la pérdida de la propiedad propia. Los caracteres de los jóvenes eran demasiado diferentes. Pronto se produjo una separación, y Emma Goldman se fue a New Haven, Connecticut. Allí encontró empleo en una fábrica, y su marido desapareció de su horizonte. Dos décadas más tarde, las autoridades federales le recordaron inesperadamente.

Los revolucionarios que participaban en el movimiento ruso de los años 80 estaban poco familiarizados con las ideas sociales que agitaban entonces Europa occidental y América. Su única actividad consistía en educar al pueblo, su objetivo final era la destrucción de la autocracia. El socialismo y el anarquismo eran términos apenas conocidos, incluso por su nombre. También Emma Goldman desconocía por completo el significado de esos ideales.

Llegó a Estados Unidos, como cuatro años antes a Rusia, en un período de gran agitación social y política. El pueblo trabajador se rebelaba contra las terribles condiciones de trabajo; el movimiento de las ocho horas de los Caballeros del Trabajo estaba en su apogeo, y en todo el país resonaba el estruendo de las sanguinarias luchas

entre los huelguistas y la policía. La lucha culminó con la gran huelga contra la Harvester Company de Chicago, la masacre de los huelguistas y el asesinato judicial de los líderes obreros, que siguió a la histórica explosión de la bomba de Haymarket. Los anarquistas soportaron la prueba del martirio del bautismo de sangre. Los apologistas del capitalismo tratan vanamente de justificar el asesinato de Parsons, Spies, Lingg, Fischer y Engel. Desde la publicación de las razones del gobernador Altgeld para liberar a los tres anarquistas de Haymarket encarcelados, no queda ninguna duda de que se cometió un quintuple asesinato legal en Chicago, en 1887.

Muy pocos han captado la importancia del martirio de Chicago; y menos aún las clases dirigentes. Mediante la destrucción de un número de líderes obreros pensaron en frenar la marea de una idea inspiradora para el mundo. No consideraron que de la sangre de los mártires crece la nueva semilla, y que la espantosa injusticia ganará nuevos conversos a la Causa.

Las dos representantes más prominentes de la idea anarquista en América, Voltairine de Cleyre y Emma Goldman -la una americana y la otra rusa- se han convertido, como muchos otros, a las ideas del anarquismo por el asesinato judicial. Dos mujeres que no se habían conocido antes, y que habían recibido una educación muy diferente, se unieron a través de ese asesinato en una sola idea.

Como la mayoría de los trabajadores y trabajadoras de América, Emma Goldman siguió el juicio de Chicago con gran ansiedad y emoción. Tampoco ella podía creer que los líderes del proletariado fueran asesinados. El 11 de noviembre de 1887 le enseñó lo contrario. Se dio cuenta de que no se podía esperar ninguna piedad de la clase dominante, que entre el zarismo de Rusia y la plutocracia de Estados Unidos no había más diferencia que el nombre. Todo su ser se rebeló contra el crimen, y se juró a sí misma un voto solemne de unirse a las filas del proletariado revolucionario y dedicar toda su energía y fuerza a su emancipación de la esclavitud asalariada. Con el entusiasmo tan característico de su naturaleza, comenzó a familiarizarse con la literatura del socialismo y el anarquismo. Asistió a reuniones públicas y se relacionó con trabajadores de

inclinación socialista y anarquista. Johanna Greie, la conocida conferenciante alemana, fue la primera oradora socialista que escuchó Emma Goldman. En New Haven, Connecticut, donde estaba empleada en una fábrica de corsés, conoció a anarquistas que participaban activamente en el movimiento. Aquí leyó el *Freiheit*, editado por John Most. La tragedia de Haymarket desarrolló sus tendencias anarquistas inherentes; la lectura del *Freiheit* la convirtió en una anarquista consciente. Posteriormente aprendería que la idea del anarquismo encontró su máxima expresión a través de los mejores intelectuales de América: teóricamente por Josiah Warren, Stephen Pearl Andrews y Lysander Spooner; filosóficamente por Emerson, Thoreau y Walt Whitman.

Enferma por la excesiva tensión del trabajo en la fábrica, Emma Goldman regresó a Rochester, donde permaneció hasta agosto de 1889, momento en el que se trasladó a Nueva York, escenario de la fase más importante de su vida. Tenía ahora veinte años. Los rasgos pálidos por el sufrimiento, los ojos grandes y llenos de compasión, le saludan a uno en su imagen de aquellos días. Su pelo, como es habitual en las estudiantes rusas, lo lleva corto, dando rienda suelta a su fuerte frente.

Es la época heroica del anarquismo militante. El movimiento había crecido a pasos agigantados en todos los países. A pesar de la más severa persecución gubernamental, nuevos conversos engrosan las filas. La propaganda es casi exclusivamente de carácter secreto. Las medidas represivas del gobierno llevan a los discípulos de la nueva filosofía a métodos conspirativos. Miles de víctimas caen en manos de las autoridades y languidecen en las cárceles. Pero nada puede frenar la creciente marea de entusiasmo, de abnegación y devoción a la Causa. Los esfuerzos de maestros como Peter Kropotkin, Louise Michel, Elisée Reclus y otros, inspiran a los devotos con una energía cada vez mayor.

La ruptura es inminente con los socialistas, que han sacrificado la idea de la libertad y han abrazado el Estado y la política. La lucha es encarnizada, las facciones irreconciliables. Esta lucha no es sólo entre anarquistas y socialistas; también encuentra su eco dentro de los grupos anarquistas. Las diferencias teóricas y las controversias

personales conducen a luchas y enemistades enconadas. La legislación antisocialista de Alemania y Austria había llevado a miles de socialistas y anarquistas a cruzar los mares para buscar refugio en América. John Most, tras perder su escaño en el Reichstag, tuvo que huir finalmente de su tierra natal y se fue a Londres. Allí, habiendo avanzado hacia el anarquismo, se retiró por completo del Partido Socialdemócrata. Más tarde, al llegar a América, continuó la publicación del Freiheit en Nueva York, y desarrolló una gran actividad entre los trabajadores alemanes.

Cuando Emma Goldman llegó a Nueva York en 1889, no tuvo muchas dificultades para asociarse con anarquistas activos. Las reuniones anarquistas eran casi diarias. El primer conferenciante que escuchó en la plataforma anarquista fue el Dr. H. Solotaroff. De gran importancia para su futuro desarrollo fue su conocimiento de John Most, quien ejerció una tremenda influencia sobre los elementos más jóvenes. Su apasionada elocuencia, su incansable energía y la persecución que había sufrido por la causa, se combinaron para entusiasmar a los camaradas. Fue también en esta época cuando conoció a Alexander Berkman, cuya amistad desempeñó un papel importante a lo largo de su vida. Su talento como oradora no podía permanecer mucho tiempo en la oscuridad. El fuego del entusiasmo la arrastró hacia la plataforma pública. Animada por sus amigos, comenzó a participar como oradora en alemán y en yiddish en las reuniones anarquistas. Pronto siguió una breve gira de agitación que la llevó hasta Cleveland. Con toda la fuerza y la seriedad de su alma se lanzó a la propaganda de las ideas anarquistas. El período apasionante de su vida había comenzado. Aunque trabajaba constantemente en los talleres clandestinos, la joven oradora era al mismo tiempo muy activa como agitadora y participaba en varias luchas obreras, especialmente en la gran huelga de los fabricantes de ropa, en 1889, dirigida por el profesor Garsyde y Joseph Barondess.

Un año más tarde, Emma Goldman fue delegada en una conferencia anarquista en Nueva York. Fue elegida miembro del Comité Ejecutivo, pero más tarde se retiró por diferencias de opinión en cuanto a cuestiones tácticas. Las ideas de los anarquistas

de habla alemana aún no se habían aclarado. Algunos seguían creyendo en los métodos parlamentarios, la gran mayoría eran partidarios del centralismo fuerte. Estas diferencias de opinión en cuanto a la táctica condujeron, en 1891, a una ruptura con John Most. Emma Goldman, Alexander Berkman y otros compañeros se unieron al grupo Autonomía, en el que participaron activamente Joseph Peukert, Otto Rinke y Claus Timmermann. Las agrias controversias que siguieron a esta secesión sólo terminaron con la muerte de Most, en 1906.

Una gran fuente de inspiración para Emma Goldman fueron los revolucionarios rusos asociados en el grupo Znamya. Formaban parte del grupo Goldenberg, Solotaroff, Zametkin, Miller, Cahan, el poeta Edelman, Ivan von Schewitsch, marido de Helene von Racowitza y editor del Volkszeitung, y otros numerosos exiliados rusos, algunos de los cuales aún viven. Fue también en esta época cuando Emma Goldman conoció a Robert Reitzel, el alemán americano Heine, que ejerció una gran influencia en su desarrollo. A través de él conoció a los mejores escritores de la literatura moderna, y la amistad así iniciada duró hasta la muerte de Reitzel, en 1898.

El movimiento obrero de Estados Unidos no se había ahogado en la masacre de Chicago; el asesinato de los anarquistas no había conseguido llevar la paz al capitalista ávido de beneficios. La lucha por la jornada de ocho horas continuó. En 1892 estalló la gran huelga de Pittsburg. La lucha de Homestead, la derrota de los Pinkerton, la aparición de la milicia, la supresión de los huelguistas y el triunfo completo de la reacción son asuntos de historia comparativamente reciente. Conmovido hasta lo más profundo por los terribles acontecimientos en la sede de la guerra, Alexander Berkman resolvió sacrificar su vida a la Causa y dar así una lección objetiva a los esclavos asalariados de América de la solidaridad anarquista activa con el trabajo. Su ataque a Frick, el Gessler de Pittsburg, fracasó, y el joven de veintidós años fue condenado a una muerte en vida de veintidós años en la penitenciaría. La burguesía, que durante décadas había exaltado y elogiado el tiranicidio, se llenó ahora de una terrible rabia. La prensa capitalista organizó una

campaña sistemática de calumnias y tergiversaciones contra los anarquistas. La policía hizo todo lo posible para involucrar a Emma Goldman en el acto de Alexander Berkman. El temido agitador debía ser silenciado por todos los medios. Sólo por la circunstancia de su presencia en Nueva York escapó de las garras de la ley. Fue una circunstancia similar la que, nueve años después, durante el incidente de McKinley, fue decisiva para preservar su libertad. Es casi increíble la cantidad de estupidez, bajeza y vileza con la que los periodistas de la época trataron de abrumar a la anarquista. Hay que revisar los archivos de los periódicos para darse cuenta de la enormidad de la incriminación y la calumnia. Sería difícil describir la agonía del alma que Emma Goldman experimentó en aquellos días. Las persecuciones de la prensa capitalista debían ser soportadas por un anarquista con relativa ecuanimidad; pero los ataques de sus propias filas eran mucho más dolorosos e insoportables. El acto de Berkman fue severamente criticado por Most y algunos de sus seguidores entre los anarquistas alemanes y judíos. Siguieron amargas acusaciones y recriminaciones en reuniones públicas y en encuentros privados. Perseguida por todas partes, tanto por haber defendido a Berkman y su acto, como por su actividad revolucionaria, Emma Goldman fue acosada hasta el punto de no poder conseguir refugio. Demasiado orgullosa para buscar seguridad en la negación de su identidad, optó por pasar las noches en los parques públicos antes que exponer a sus amigos al peligro o a la vejación por sus visitas. El intento de suicidio de un joven camarada que había compartido vivienda con Emma Goldman, Alexander Berkman y un amigo artista común, colmó el ya amargo vaso.

Desde entonces se han producido muchos cambios. Alexander Berkman ha sobrevivido al infierno de Pensilvania y ha vuelto a las filas de los militantes anarquistas, con el espíritu intacto y el alma llena de entusiasmo por los ideales de su juventud. El camarada artista se encuentra ahora entre los conocidos ilustradores de Nueva York. El candidato al suicidio abandonó América poco después de su desafortunado intento de muerte, y posteriormente fue detenido y condenado a ocho años de trabajos forzados por

introducir literatura anarquista en Alemania. También él ha resistido los terrores de la vida carcelaria, y ha vuelto al movimiento revolucionario, desde que se ganó la merecida reputación de escritor de talento en Alemania.

Para evitar una acampada indefinida en los parques, Emma Goldman se vio finalmente obligada a instalarse en una casa de la calle Tercera, ocupada exclusivamente por prostitutas. Allí, entre las parias de nuestra buena sociedad cristiana, pudo al menos alquilar una habitación, y encontrar descanso y trabajo en su máquina de coser. Las mujeres de la calle mostraban más refinamiento de sentimientos y sincera simpatía que los sacerdotes de la Iglesia. Pero la resistencia humana se había agotado por el exceso de sufrimiento y privaciones. Hubo un completo colapso físico, y la renombrada agitadora fue trasladada a la "República Bohemia", una gran casa de vecindad que derivó su eufónico apelativo del hecho de que sus ocupantes eran en su mayoría anarquistas bohemios. Aquí Emma Goldman encontró amigos dispuestos a ayudarla. Justus Schwab, uno de los mejores representantes del período revolucionario alemán de aquella época, y el doctor Solotaroff se mostraron infatigables en el cuidado de la paciente. Aquí también conoció a Edward Brady, y la nueva amistad maduró posteriormente hasta convertirse en una estrecha intimidad. Brady había participado activamente en el movimiento revolucionario de Austria y, en el momento de conocer a Emma Goldman, acababa de ser liberado de una prisión austriaca tras diez años de encarcelamiento.

Los médicos diagnosticaron la enfermedad como tisis, y se le aconsejó que abandonara Nueva York. Se fue a Rochester, con la esperanza de que el círculo familiar la ayudara a recuperar la salud. Sus padres habían emigrado varios años antes a América y se habían establecido en esa ciudad. Uno de los rasgos más destacados de la raza judía es el fuerte apego entre los miembros de la familia y, especialmente, entre padres e hijos. Aunque sus conservadores padres no podían simpatizar con las aspiraciones idealistas de Emma Goldman y no aprobaban su modo de vida, recibieron a su hija enferma con los brazos abiertos. El reposo y los cuidados que

recibió en el hogar paterno, así como la presencia alentadora de la querida hermana Helene, resultaron tan beneficiosos que en poco tiempo se restableció lo suficiente como para reanudar su enérgica actividad.

No hay descanso en la vida de Emma Goldman. El esfuerzo incesante y la lucha continua hacia la meta concebida son lo esencial de su naturaleza. Ya se había perdido demasiado tiempo precioso. Era imperativo reanudar sus labores inmediatamente. El país estaba en plena crisis y miles de desempleados abarrotaban las calles de los grandes centros industriales. Fríos y hambrientos recorrían la tierra en la vana búsqueda de trabajo y pan. Los anarquistas desarrollaron una intensa propaganda entre los parados y los huelguistas. En Union Square, Nueva York, tuvo lugar una monstruosa manifestación de los camuflados en huelga y de los desempleados. Emma Goldman fue una de las oradoras invitadas. Pronunció un apasionado discurso, describiendo con palabras ardientes la miseria de la vida del esclavo asalariado, y citó la famosa máxima del cardenal Manning: "La necesidad no conoce ley, y el hombre hambriento tiene un derecho natural a una parte del pan de su vecino". Concluyó su exhortación con las palabras: "Pedid trabajo. Si no os dan trabajo, pedid pan. Si no os dan trabajo ni pan, tomad pan".

Al día siguiente partió hacia Filadelfia, donde iba a dirigirse a una reunión pública. La prensa capitalista volvió a dar la alarma. Si se permitía a los socialistas y a los anarquistas seguir agitando, existía el peligro inminente de que los obreros aprendieran pronto a comprender la forma en que se les roba la alegría y la felicidad de la vida. Tal posibilidad debía ser evitada a toda costa. El jefe de policía de Nueva York, Byrnes, consiguió una orden judicial para la detención de Emma Goldman. Fue detenida por las autoridades de Filadelfia y encarcelada durante varios días en la prisión de Moyamensing, a la espera de los papeles de extradición que Byrnes confió al detective Jacobs. Este hombre, Jacobs (a quien Emma Goldman volvió a encontrar varios años después en circunstancias muy desagradables) le propuso, mientras regresaba prisionera a Nueva York, traicionar la causa del trabajo. En nombre de su

superior, el jefe Byrnes, le ofreció una lucrativa recompensa. ¡Qué estúpidos son a veces los hombres! Qué pobreza de observación psicológica para imaginar la posibilidad de una traición por parte de una joven idealista rusa, que había sacrificado voluntariamente todas las consideraciones personales para ayudar a la emancipación del trabajo.

En octubre de 1893, Emma Goldman fue juzgada en los tribunales penales de Nueva York bajo el cargo de incitación a la revuelta. El "inteligente" jurado ignoró el testimonio de los doce testigos de la defensa en favor de las pruebas aportadas por un solo hombre: el detective Jacobs. Fue declarada culpable y sentenciada a cumplir un año en la penitenciaría de Blackwell's Island. Desde la fundación de la República fue la primera mujer -excepto la Sra. Surratt- en ser encarcelada por un delito político. La sociedad respetable le había estampado mucho antes la letra escarlata.

Emma Goldman pasó su tiempo en la penitenciaría en calidad de enfermera en el hospital de la prisión. Aquí encontró la oportunidad de derramar algunos rayos de bondad en las oscuras vidas de las desafortunadas cuyas hermanas de la calle no desdeñaron dos años antes compartir con ella la misma casa. También encontró en la cárcel la oportunidad de estudiar inglés y su literatura, y de familiarizarse con los grandes escritores estadounidenses. En Bret Harte, Mark Twain, Walt Whitman, Thoreau y Emerson encontró grandes tesoros.

Dejó Blackwell's Island en el mes de agosto de 1894, una mujer de veinticinco años, desarrollada y madura, e intelectualmente transformada. Volvió al ruedo, más rica en experiencia, purificada por el sufrimiento. Ya no se sentía abandonada y sola. Muchas manos se tendieron para acogerla. En aquella época había numerosos oasis intelectuales en Nueva York. El salón de Justus Schwab, en el número cincuenta de la calle Primera, era el centro donde se reunían anarquistas, literatos y bohemios. Entre otros, también conoció en esta época a varios anarquistas americanos, y entabló amistad con Voltairine de Cleyre, Wm. C. Owen, Miss Van Etton y Dyer D. Lum, antiguo editor del Alarm y ejecutor de los últimos deseos de los mártires de Chicago. En John Swinton, el